



La abuela

Peter Härtling

Ha publicado libros de poemas, cuentos y ensayos, y es muy conocido como novelista. En 1973 empezó a escribir libros para niños que se caracterizan por la actualidad de su problemática y su autenticidad.

Karli pierde a sus padres y es educado por su abuela. Tanto Karli como la abuela tienen que cambiar para adaptarse y convivir sin tensiones. Pero vencen las dificultades y acaban siendo muy buenos amigos. Este libro recibió el Deutscher Jungedbuchpreis en 1976.



Ilustración de cubierta:
JUAN RAMÓN ALONSO

PAPEL RECICLADO
100%

ALFAGUARA

DESDE
10
AÑOS



9 788420 447681

La abuela

Peter Härtling



ALFAGUARA

INFANTIL



De cómo Karli fue a parar a casa de la abuela

Dice la gente que a los sesenta y siete años ya se es viejo. La abuela, no. La abuela ha dicho siempre —y lo suelen decir muchos viejos— que uno es tan joven como se siente. Y la abuela se sentía bastante joven. Decía también la abuela que por fuera era vieja y por dentro una muchacha. Los que la conocían bien, se lo creían. La abuela no tenía mucho dinero. A veces se quejaba de su escasa pensión y de su difunto marido que no había sido precisamente una lumbrera, pero prefería reír que quejarse. Y sabía arreglárselas. Su piso de Munich era pequeño y casi tan viejo como ella. El sofá se venía abajo con frecuencia cuando el peso de las visitas era excesivo. Sólo la estufa de fuel-oil era nueva y la abuela no acababa de apañárselas con ella. Tenía miedo de que salieran las dos volando por los aires cualquier día. Cuando la estufa empezaba a borbotear y a hacer glu-glú, la abuela le hablaba como si fuera un burro testarudo. A la abuela le gustaba hablar consigo misma y con las cosas que le rodeaban. Los que no la conocían bien tenían que acostumbrarse. Incluso en medio

de una conversación empezaba a veces a hablar consigo misma y, cuando el otro la miraba sorprendido, la abuela meneaba simplemente la cabeza como diciéndole que no se refería a él.

A la abuela todos la llamaban abuela: los vecinos, el panadero de la esquina, los chicos del patio que de vez en cuando se burlaban de ella pero que, en realidad, la querían y hasta le subían a veces la bolsa de la compra al quinto piso, porque en la casa en que vivía la abuela, no había ascensor.

—No somos príncipes —solía decir la abuela cuando se le acababa el resuello en el tercer piso y tenía que tomarse un pequeño descanso.

«Frau Erna Bittel» ponía en letras de adorno en la puerta del piso. Su hijo le preguntó una vez por lo de «Frau» delante de su nombre.

—Tú es que eres tonto —le había respondido la abuela—. Así es como quiero que me llamen. Después de la muerte de Otto la gente podría creer que soy una vieja solterona. Y eso es lo que no soy.

El hijo de la abuela tenía otro hijo. De él y de la abuela trata esta historia. Se llama Karl-Ernst o se llamaba —mejor dicho— porque desde un principio le llamaron Karli.

Karli creció en una pequeña ciudad cerca de Düsseldorf. Su padre trabajaba en las oficinas de una fábrica.

—Era el que calculaba lo que iban a cobrar los otros —así explicaba Karli la profesión de su padre.

A veces el padre de Karli, los viernes por la tarde casi siempre, se iba a la taberna, volvía borracho a casa y le entraba la llorera. La madre de Karli se quejaba:

—¡Ya vuelve a estar esta calamidad con las dichosas lamentaciones del fin de semana!

Karli no lo comprendía. Su padre era una persona más bien alegre y Karli se entendía bien con él. Mejor que con su madre que siempre protestaba de lo mucho que ensuciaban los dos y de lo mucho que tenía que limpiar.

Y se pasaba el día limpiando.

—Pues esto no es normal—decía el padre de Karli.

Los padres de Karli murieron en un accidente de automóvil cuando Karli tenía cinco años. Habían salido con unos conocidos —ellos no tenían coche— y a Karli le habían dejado en casa de la vecina. Allí acudió también el policía que le dijo a la mujer:

—Han muerto los dos.

Al principio Karli no lo comprendió. Karli tardó mucho tiempo en poder imaginarse que no iba a volver a ver a sus padres. Que se habían ido para siempre.

—No es posible —solía decir.

La vecina lo metió en cama y un médico

le puso un supositorio. A Karli le entró la risa.

—Ahora vas a poder dormir. Primero tienes que dormir, hombrecito —le dijo el médico.

A Karli lo de hombrecito le pareció idiota y el médico medio tonto. Aquellos días todo el mundo le parecía medio tonto porque no paraban de acariciarle la cabeza o de abrazarlo, porque se portaban todos de forma muy distinta.

La abuela, no. Llegó la abuela —también debía haber llorado— y empezó en seguida a mandar:

—¡Hay que seguir, de alguna forma hay que seguir!

Y ante un montón de tías y tíos desconocidos, en presencia de Karli, decidió:

—A Karli me lo llevo yo. Karli se queda conmigo.

Uno de los tíos le dijo:

—¡A tu edad, Erna!

La abuela, al oírlo, se echó a reír y le gritó:

—¿Es que lo quieres tú? ¡Déjate de tonterías entonces!

Karli había visto pocas veces a la abuela pero siempre le había gustado. La abuela hablaba un poco más alto de lo acostumbrado, decía palabras que no siempre eran decentes y trataba a su hijo como si fuera de la edad de Karli. A la madre de Karli la llamaba llorona y al padre, a veces, flojeras. A Karli

lo llamaba Karli y nunca hombrecito, jovenzuelo y monada.

Le tomaba en serio.

A Karli le sorprendió lo deprisa que se liquidaba un piso y lo deprisa que el piso liquidado se vaciaba. La abuela repartió los muebles.

—Todo eso no lo necesito —dijo.

Al final a Karli le quedó una maleta con sus cosas y nada más. Y con la maleta que arrastraba la abuela salió de la ciudad en la que había vivido con sus padres. A casa de la abuela, a Munich.

Ahora soy yo la que tengo al chico. Estoy loca, una vieja y un niño que hasta dentro de doce o trece años como mínimo no podrá valerse por sí mismo. ¿He de cumplir los cien por culpa de Karli? ¿Si no lo hago yo, quién de los parientes lo hubiera recogido? Al final lo hubieran metido en un orfanato. ¡Y eso no puede ser! ¡Eso no! Seguro que va a echar de menos a sus padres durante mucho tiempo. Sobre todo a su padre. Pero eso son también habladurías. Hay niños que tienen padres y ni se enteran de que los tienen. Voy a procurar olvidarme de que soy vieja. Karli y yo ya nos las arreglaremos.

■ La abuela es diferente ■

Karli se acostumbra rápidamente a la abuela, aunque el piso le siga pareciendo raro. Pero al fin y al cabo la abuela hace ya muchos años que tiene todos esos muebles y no va a comprar otros nuevos sólo por él. Karli tiene un cuarto *casi* para él solo. Durante el día la abuela lo utiliza para coser y Karli, por la noche, tiene que ir recogiendo agujas para no pincharse los pies.

En muchas cosas la abuela es diferente. Una de las primeras noches Karli, que no podía dormir, entró en el cuarto de baño que está junto a su habitación y encontró un vaso de agua con los dientes de la abuela. Karli se pegó un susto terrible y no se atrevió a tocarlos por miedo a que se le cerraran.

Por la mañana le preguntó:

—¿Desde cuando se sacan los dientes de la boca? Yo no puedo.

La abuela se lo explicó:

—Es que éstos no son mis dientes, Karli. Los míos se han ido cayendo todos, los he perdido. Igual que tú tus dientes de

leche. Lo que pasa es que la tercera vez ya no crecen. Se los hacen a una.

—¿Tienes que lavártelos también?
—preguntó Karli.

La abuela no quiso seguir hablando de la dentadura postiza.

—Todo eso no es tan importante, Karli.

En casa de la abuela el día transcurría de una forma distinta. La abuela se levantaba todavía más temprano que el padre de Karli, aunque no tuviera que ir a la oficina. Le explicó el por qué:

—Me duele todo el cuerpo, Karli. Es la gota, ¿sabes?

Karli era incapaz de imaginárselo.

—¿Una gota de qué?

—La gota es una enfermedad que se coge de viejo —dijo la abuela.

A las seis de la mañana la abuela andaba ya metiendo ruido por el cuarto de al lado y despertaba a Karli. Pero Karli no tenía ganas de levantarse tan temprano, se tapaba la cabeza con la manta y se ponía a pensar en sus padres. Lo hizo durante mucho tiempo, tres meses casi, hasta que fue a la escuela y tuvo amigos.

El desayuno era a las siete. La abuela tenía una taza tres veces mayor que las de casa de Karli. Era el tazón del café. Lo llenaba hasta el borde y sorbía. A Karli su madre se lo había prohibido.

—No sorbas, abuela —decía Karli.

La abuela lo miraba asustada, dejaba el tazón en la mesa y le preguntaba:

—¡Oye! ¿Son esas formas de hablar conmigo?

—Mi madre decía siempre que no sorbiera. Y tú sorbes.

A partir de entonces la abuela se esforzó por no sorber. Tan difícil le resultaba que, al desayunar, se bebía sólo la mitad del tazón y luego, cuando Karli jugaba en el otro cuarto, sorbía el resto.

La abuela había decidido no volver a llevarlo al parvulario antes de que fuera a la escuela.

—Estos seis meses es mejor que nos acostumbremos el uno al otro, Karli.

A Karli, al principio, le pareció una tontería. Luego se alegró. Los días con la abuela eran más movidos y siempre pasaban cosas. Por la mañana repartían volantes que le llegaban a la abuela de cualquier fábrica. Decían que en el «Astoria» exponían lavadoras y que hacían regalos, o que para el café lo mejor era el filtro «Passa-Passa».

—No es que me paguen muy bien —decía la abuela— pero así me muevo. Por nada del mundo me compraría yo esos chismes que venden. Tú no tienes idea de lo tonta que es la gente, Karli.

Fuera donde fuera, siempre había gente que la conocía. Y ella, entonces, «echaba la

parrafada». A Karli le resultaba aburrido pero, como solían darle caramelos, aguantaba y le decía a la abuela:

—Me parece estupendo que repartas.

Después iban de compras. A la abuela en las tiendas del barrio la temían. No había quien le diera gato por liebre. La abuela decía:

—Si yo me lo tengo que pensar tres veces antes de gastarme una perra, tendré derecho también a darle otras tres vueltas como mínimo a lo que me voy a comprar con ella. ¿No?

Karli la ayudaba y los tenderos se enfadaban. Uno le dijo a Karli que dejara de una vez de tocar los pepinos con las manos sucias y la abuela le gritó:

—¡Lo que faltaba! ¿Es que los lava usted tan a menudo como Karli las manos?

La abuela tenía mucha gracia y eso le encantaba a Karli. Era una mujer que no admitía réplicas ni le tenía miedo a nadie. Era más bien la gente la que le tenía miedo a ella. Cuando la abuela fruncía el ceño el tendero se ponía siempre la mar de amable.

La abuela no paraba de inventarse cosas. Al panadero, por ejemplo, le decía cada dos por tres:

—Oiga usted, ¿es que envía los panecillos a que adelgacen? Cada vez los encuentro más pequeños y más caros.

La gente no sabía qué contestarle. Karli

se fue dando cuenta de que la abuela era más pobre que sus padres.

—Cuando me paguen tu pensión de orfandad lo pasaremos un poco mejor, Karli. Pero los señores funcionarios van despacio y no piensan en nosotros —le decía la abuela.

Karli le preguntó que quienes eran los señores funcionarios.

—Gente sentada detrás de enormes escritorios, pasando eternamente papeles y más papeles de un lado a otro. De ellos depende que le den dinero a uno o no le den.

Karli se admiraba de que hubiera gente tan poderosa. Karli, a veces, deseaba ser igual de poderoso para regalarle a la abuela un montón de dinero.

La abuela cocinaba más deprisa que la madre de Karli.

—En la cocina lo único que se hace es perder tiempo —decía.

Después de la comida la abuela se sentaba a coser a máquina y dejaba a Karli bajar al patio. Allí, al principio, Karli no conocía a nadie. Los niños se burlaban de él; decían que hablaba como un extranjero, como un turco casi.

—Yo no soy ningún turco —decía Karli.

Los primeros días los otros niños no se lo creían. Cuando se lo contó a la abuela, la abuela dijo:

—¿Por qué no les has contado que eres

un turco de la Cuenca del Ruhr? ¡Dios mío! ¡Los niños son ya tan imbéciles como los padres! Creen que un turco ha de ser mala persona por el mero hecho de ser turco.

Al cabo de algún tiempo a Karli le dejaron jugar con ellos. Y poco después se pegó por primera vez con Ralph que tenía siete años y era el único que mandaba. No le ganó pero se pegó tan bien que Ralph no le guardó el menor rencor.

Ralph tenía un pequeño defecto físico: hablaba mal, como entre dientes, y en vez de decir «sabes» decía «chabech».

Al principio a Karli le daba risa y se lo contó a la abuela.

—No está bien que te rías de Ralph —dijo la abuela—. Casi todos tenemos algún defecto.

—Yo no —dijo Karli.

—Tú sí —dijo la abuela—. Tú también porque te crees que no tienes ninguno. Eso también es un defecto.

—¿Y tú? —preguntó Karli.

—Yo tengo incluso uno terrible —dijo misteriosamente la abuela—. Algún día te lo enseñaré.

Unos días después la abuela salió descalza del cuarto de baño y le señaló el pie derecho.

—Mira, Karli. El meñique se me ha pegado al de al lado. Es uno de mis defectos, sabes.

—¿Tienes todavía más? —preguntó Karli.

—¿Te crees tú que los vas a ver todos de una vez? —le dijo la abuela.

Con la abuela, por las noches, era todo también muy distinto. En casa de Karli su madre lo bañaba y, a veces, cuando se retrasaban, llegaba el padre, se duchaban juntos y la bañera era una fiesta.

La primera noche la abuela le dio la toalla y le dijo:

—¡Anda, lávate!

Y Karli, que estaba todavía hecho un lío, se echó a llorar. Y la abuela también. Karli, al verla así, dejó de llorar y se lavó él solo. A partir de entonces lo hicieron siempre igual. La abuela se sentaba al borde de la bañera y miraba cómo Karli se lavaba.

—Se te puede ver crecer —le decía.

La abuela lo secaba. Le gustaba hacerlo. La abuela frotaba terriblemente a Karli, hasta dejarle el cuerpo colorado como un cangrejo, y le decía siempre:

—¿Verdad que sienta bien, Karli?

Había otra cosa todavía muy distinta a las de casa. La abuela, cuando se lavaba, se encerraba en el cuarto de baño. Le tenía miedo por lo visto. Al cabo de algún tiempo Karli se lo preguntó.

—¡Tonterías, Karli! —dijo la abuela—. Lo que pasa es que no es nada agradable ver viejos.

—Tú lo que tienes es vergüenza de que te vea —dijo Karli.

—Tienes razón, Karli —dijo la abuela.

A Karli no le parecía bien pero no consiguió convencerla de que dejara abierta la puerta del cuarto de baño.

—Tú eres Karli y yo la abuela. Tú eres pequeño y yo soy vieja. Esa es la única diferencia.

Karli se ha dado cuenta en seguida de que aquí no es como en su casa. ¡Eso de la educación moderna! ¡Cielos! ¿Tendré que salir yo ahora desnuda del baño sólo porque sus padres le tuvieran acostumbrado a eso? Karli no sabe el aspecto que tienen los viejos. Y, además, me da vergüenza. Ahí sí que no paso. Yo soy de otra época. Entonces no se era —¿cómo diría yo?— tan desvergonzado. No, desvergonzado no es tampoco la palabra exacta. Hoy en día lo que pasa es que no les toca ya sentir vergüenza; y está bien que así sea. Pero yo no puedo cambiar a estas alturas. Karli tiene que comprenderlo.

Con la abuela en el Negociado

A los cuatro meses largos de estar Karli con la abuela y una vez que lo tuvo inscrito en la escuela, la abuela agarró un berrinche. Todas las mañanas miraba en el buzón, esperando que le llegaran, por fin, noticias del Negociado. Pero el Negociado no le enviaba nada y la abuela se ponía cada vez más furiosa.

—¡No dan golpe! —gritó un buen día—. ¡Venga a comer papeles y a hurgarse las narices con el lápiz! ¡Funcionarios tenían que ser!

Karli no conseguía imaginarse a la abuela de oficinista pero sabía muy bien de qué se trataba. Su tutor, el jefe de su padre, había solicitado que se hiciera a la abuela cuidadora, es decir una especie de madre adoptiva de Karli, cosa —claro— que la abuela no podía ser en absoluto; a lo sumo abuela adoptiva. Y abuela de Karli lo había sido toda la vida, de modo que resultaba también una tontería. Para el Negociado, no. Así que la solicitud seguía su curso legal, como suele decirse. Más que seguir su curso legal lo que hacía, en realidad, era arrastrarse por los des-

pachos. La abuela necesitaba el permiso para que le concedieran el subsidio de orfandad de Karli. Y eso, para ella, era importante, porque la abuela al fin y al cabo era pobre y Karli —según decía ella— se la estaba comiendo viva.

La abuela entonces decidió «intervenir cerca del Negociado». Cuando hablaba del Negociado la abuela se expresaba siempre con mucha prosopopeya.

—Tienes que acompañarme, Karli —le dijo la abuela—. Han de verte. Tú eres la prueba, Karli. El cuerpo del delito.

La abuela se puso su mejor vestido y a Karli no paraba de acicalarlo. Karli se enfadó. Antes de salir de casa se comió unos copos de avena para fastidiar y volvió a ensuciarse.

—¡Siempre me tienes que llevar la contraria!

La abuela estaba de mal humor.

Fueron en tranvía. La abuela guardaba silencio. Más que guardar silencio lo que hacía era ir hablando bajito, consigo misma, recitando frases que se había aprendido de memoria para soltarlas en el Negociado. A Karli no le hacía ni caso.

En el Negociado el portero les envió al despacho número diecisiete. Esperaron media hora sentados en un banco de madera y sin hablar tampoco. Cuando por fin les tocó el turno, un señor ya mayor y de aspecto muy

serio, acomodado tras un enorme escritorio, les dijo:

—No. Compete al veintidós.

Volvieron a esperar delante del veintidós. Karli se dio cuenta de que la abuela se estaba hartando y de que apenas iba a haber forma de contenerla. De un momento a otro empezaría a dar gritos. El hombre que los recibió en el veintidós era bastante joven todavía, aunque ya peinase algunas canas. Tal vez fuera culpa de la mucha gente por la que le tocaba preocuparse. El hombre miró a Karli y le dijo, como si fuera el párroco.

—¡Vaya, vaya! Así que aquí tenemos al pobrecito.

A Karli le entraron ganas de sacarle la lengua. Luego pensó que, para ayudar a la abuela, quizás fuera mejor hacerse de verdad el pobrecito y puso la cara triste.

La abuela se sentó de golpe y porrazo en la única silla que había delante del escritorio y dijo:

—¡Venga, hombre! ¡No se deshaga usted en lamentaciones! ¡Muévase!

A Karli le dio la impresión de que el hombre iba a iniciar la huida de un momento a otro. Pero se quedó. Le tocaba quedarse: era su oficio. Le preguntó el nombre a la abuela, buscó en un armario y sacó un expediente bastante gordo, de tantas cosas como se habían escrito ya sobre Karli y la abuela.

En el Negociado eran famosos. Tampoco parecía que les sirviera de nada.

El hombre se sentó muy digno detrás del escritorio, humedeció el dedo y se puso a hojear papeles, meneando a veces la cabeza y asintiendo de cuando en cuando. Al final dijo:

—Es un asunto complejo.

Karli no sabía lo que significaba.

—¿Qué es complejo?

En lugar del hombre le respondió la abuela.

—Yo es que no lo se tampoco.

—Su caso no tiene nada de sencillo —explicó el funcionario—. No se trata de una simple cuidadora sino que usted además es pariente del muchacho: su abuela para ser más exactos.

—¡No me diga! —exclamó la abuela.

—¡Conmigo déjese usted de ironías! —le dijo el hombre.

—Para mí son cosas bastante serias —le dijo la abuela—. ¿Cuándo van a darle entonces la pensión al niño?

—¿No se puede usted pasar sin ella? —le preguntó el hombre.

La abuela se levantó, echó a un lado la silla de un golpe y dijo:

—¡Haga el favor, hombre! Sabe usted perfectamente lo que cobro de pensión. Está ahí, en los papeles. Y sabe usted también lo que se traga al día un chaval así, los calcetines

y pantalones que rompe y todo lo que hace falta. ¿Se cree usted que soy millonaria? ¿Tengo yo cara de fábrica?

A Karli, entretanto, el Negociado le parecía estupendo.

—Yo como muchísimo, de verdad —dijo—. La abuela tiene razón. Y lo de los pantalones es verdad también.

—¡Ahí lo tiene! —dijo la abuela.

El hombre se echó a reír.

—Trataré de acelerar los trámites de cara a la resolución del expediente —dijo.

El funcionario se expresaba, realmente, con mucho empaque.

—¡Acelere, hombre, acelere! —le dijo la abuela—. De lo contrario vuelve a tenerme usted aquí la semana que viene. ¡Se lo juro!

El hombre volvió a reírse.

—Sería un placer —dijo—. Aunque voy a hacer todo lo posible para que la cosa se arregle.

El funcionario se despidió de los dos con un apretón de manos. Tan pronto como estuvieron en el pasillo la abuela pegó un saltito, un brinco tan sólo porque no era ya capaz de saltar de verdad y dijo:

—Lo hacemos estupendamente, Karli. Tenemos que seguir así. Somos capaces de ablandarle el corazón a cualquier funcionario.

Karli estaba de acuerdo.

No puedo imaginarme tener que volver a vivir sin Karli. El chico me cansa, qué duda cabe, me agota y por la noche acabo reventada. Tal vez sea cuestión de costumbre. Y al fin y al cabo también se va haciendo mayor.

A menudo me recuerda a su padre y entonces pienso que vuelvo a tener un hijo mío. Soy demasiado vieja. Su madre sería mucho mejor para él.

Es raro que me inquiete todavía pensar en ella. En realidad no estaba mal. Y era una buena madre. Lo único que pasa es que lo hacía todo de forma diferente a la mía. No se preocupaba tanto del niño. Decía siempre que tenían que aprender temprano a arreglárselas solos. Eso sí, pero hay que ayudarles. Así decía que lo hacía ella también. A mí me parecía que no. No nos entendíamos, es cierto. Me crispaba los nervios. Y yo a ella seguro que también. Ahora, a veces, pienso que fue una lástima haberme peleado tanto con ella.

■ Cuando la abuela se pone a contar cosas ■

Karli no comprende que la abuela hable siempre de otros tiempos. A la abuela no le interesa gran cosa lo que le pasó ayer mismo. Pero de las cosas que le ocurrieron hace treinta o cuarenta años sigue acordándose perfectamente. Todavía se acuerda de la primera vez que fue en tren, de cuando se casó con el abuelo, del traje que llevaba en la boda y de lo que comieron. A Karli le da lo mismo.

La abuela dice siempre:

—Todo ayuda, Karli. Cualquier tiempo pasado fue mejor.

Esa es la diferencia entre Karli y la abuela. A Karli le interesa sólo lo que pasa ese mismo día, lo que acaba de decidir con sus amigos, lo que ha hecho y lo que proyecta. A la abuela no le parece importante todo eso. Y menos todavía cuando le toca enfadarse por culpa de ello. La abuela prefiere enfadarse por aquellas cosas de las que se acuerda todavía «la mar de bien».

—Te acuerdas, Karli, de cuando el abuelo fue a parar debajo del tranvía y faltó

bien poco para que se nos quedara sin pierna. Yo es que no consigo olvidarme de cómo lo trajeron al pobre lleno de sangre a casa, y él todavía dijo:

—No es nada.

—Y yo pensaba que el hombre se me desangraba entre las manos. Son cosas que se quedan grabadas.

Y la abuela, no obstante, hace tiempo ya que las ha superado. Lo que pasa es que sus recuerdos le siguen pareciendo excepcionales. Cuando ve en la televisión una película interesante, dice:

—Todo eso es inventado. A mí que no me engañen. Te acuerdas, Karli, de cuando nos bombardearon la casa...

Luego sigue una historia que Karli ha oído contar ya multitud de veces con infinidad de variantes.

—Tu padre acababa de entrar de aprendiz cuando empezó lo de los bombardeos. Puede incluso que fuera todavía a la escuela. Poco antes de terminar la Guerra Mundial esos locos lo llamaron a filas, a los servicios auxiliares de aviación, y le tocó derribar bombarderos. ¡A los niños como esos los metían en las baterías antiaéreas!

—¡Me parece fenómeno! —la interrumpió Karli.

—¿Fenómeno? A ti te parece fenómeno porque vosotros os pasáis el día corriendo con las pistolas y jugado a guerras. Yo te

aseguro, Karli, que una guerra de verdad tampoco les gusta a los niños. Lo pasan muy mal. Piensa en esos pobres vietnamitas. Bueno, ¿dónde estaba?

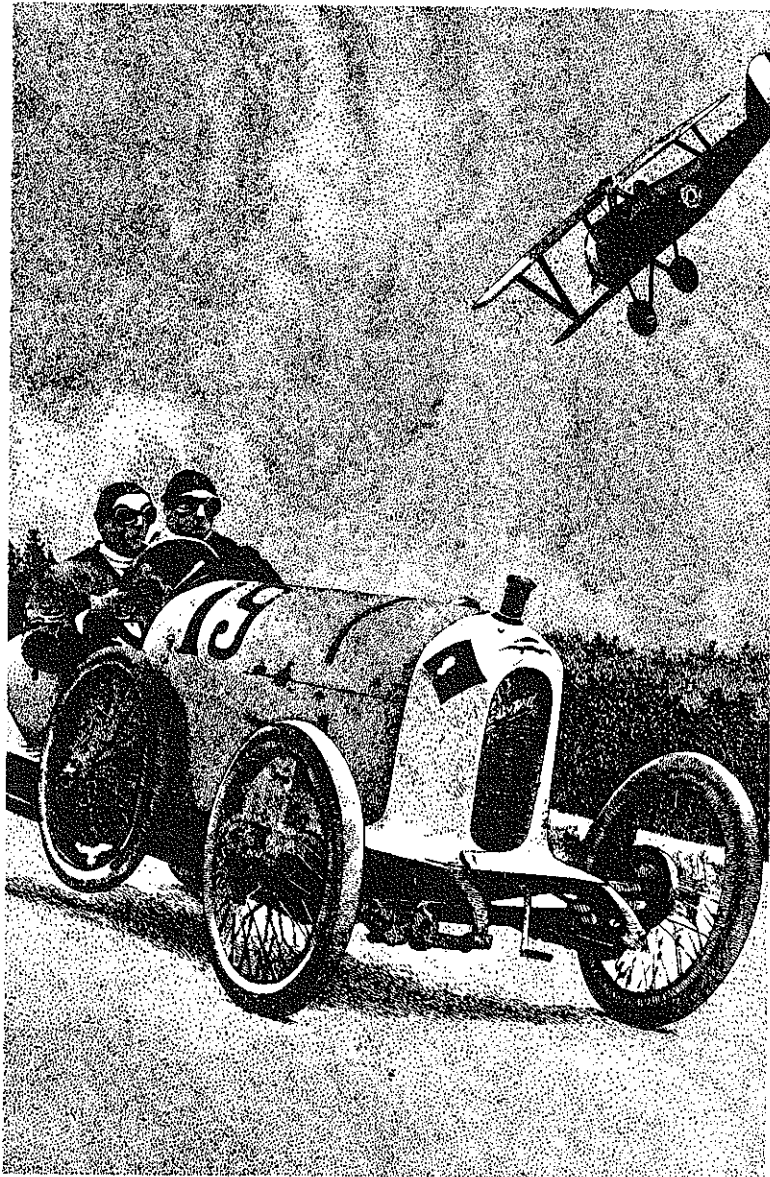
—En lo de papá —dijo Karli.

—Eso... Pues tu padre estaba todavía en casa y, cuando empezó ese terrible bombardeo, nos refugiarnos todos en el sótano. Las bombas se oían cada vez más cerca. Yo me quedé tiesa de miedo y lo cogí en brazos. Poco después se puso a temblar la tierra. El techo del sótano se caía a pedazos. Alguien dijo que tenía que haber sido en nuestra casa y allí fue. La casa se mantenía aún en pie. O casi, porque las bombas habían arrancado un trozo del tejado. En nuestro piso no quedó nada sano, ni un cristal en las ventanas. Dormimos en casa de unos parientes y, al día siguiente, empezamos a arreglar la casa. En las ventanas pusimos cartones en vez de cristales.

Karli no la escuchaba demasiado atentamente porque ya conocía la historia. Karli pensaba en cosas muy distintas. En cómo explicarle por ejemplo a la abuela que no tenía nada de particular que fuera a jugar al patio de al lado porque con los niños de allí se entendía mucho mejor.

La abuela no le dejaba.

—He de verte por la ventana, Karli —le decía—. Ya está bien de independencias.



Yo quiero que te las sepas arreglar sin mí, Karli, pero...

—¿Qué quiere decir «sin mí»?

—Quiere decir que no siempre he de llevarte pegado a las faldas pero que tengo que cuidar de tí.

Y la abuela se ponía a contar en seguida otra historia de las de hace mucho tiempo, cuando no circulaban casi autos y había todavía aviones de cuatro alas, los biplanos aquellos que tanto entusiasmaban a la abuela.

—No podían caerse, Karli, no había forma. Se les rompía un ala y les quedaban las otras tres.

Cuando Karli se lo contó a un amigo, mayor que él, el amigo se echó a reír y dijo que daba lo mismo las alas que tuviera un avión, y que un cohete era mucho más rápido y no tenía ninguna. Karli informó a la abuela y la abuela se quedó horrorizada.

—Los cohetes sólo sirven para matar gente —dijo.

Total que Karli y la abuela nunca acababan de entenderse. La abuela prefería hablar de una época que Karli no conocía y que debía haber sido también bastante rara.

Este chico tiene que saber cómo eran las cosas antes, cuando yo era joven, por ejemplo, y no me llamaba todavía Erna Bittel

sino Erna Mauermeister, mi nombre de soltera. ¿Por qué le resultarán aburridas estas historias? Sólo atiende cuando le hablo de la guerra y entonces quiere saber con todo detalle si he visto disparar y si hubo muertos. Eso de la guerra tiene que estar metido muy adentro en los niños. Y es atroz. Hoy, cuando me acordé de cómo conocí a Otto y del hipo que me entró del susto —me duró horas enteras—, a Karli sólo se le ocurre decirme: «Ya me lo has contado».

Y yo sé muy bien que no se lo he contado todavía. Tal vez haya pasado, entre tanto, demasiado tiempo...

■ La abuela hace justicia ■ y Karli se avergüenza de ella

Karli tuvo un lío con Ralph. Se pegaron. Ralph tiró a Karli de los pantalones hasta que le hizo un señor siete y se los dejó por las rodillas. La abuela oyó jaleo en el patio. Ese día la abuela había bajado y subido dos veces las escaleras —hasta el quinto piso— y ya estaba bien. La pelea del patio, sin embargo, la intranquilizó. Bajó, vio el desgarrón, los pantalones rotos y preguntó:

—¿Quién ha sido? ¿Quién le ha roto a Karli los mejores pantalones que tiene?

A Karli le dijo:

—¡Te tengo dicho y repetido que cuando bajas a jugar te pongas los pantalones viejos!

Luego volvió a preguntar.

—¿Quién ha sido?

Algunos niños habían escapado corriendo y los que quedaban —incluido Ralph— no decían ni pío. Karli tampoco.

—¿Es que he de tiraros de las orejas, de uno en uno? —dijo la abuela.

Uno de los niños dijo:

—No tiene usted derecho a hacerlo. La castigarán.

—Antes sí que se podía y yo hago lo que me da la gana —dijo la abuela.

—Eso no está bien, abuela —dijo Karli—. Tú no puedes hacer lo que te da la gana. No puedes pegarle a un niño ajeno.

La abuela, furiosa, avanzó paso a paso hacia los niños que se quedaron inmóviles, mirándola.

—Sois unos cobardes —les dijo la abuela.

Karli defendió a sus amigos.

—No son ningunos cobardes —dijo—. Los pantalones se han roto jugando.

—¡Encima, miente! —dijo la abuela—. Primero cobarde y después mentiroso. ¡Qué vergüenza!

Karli se dio cuenta de que era ahora cuando la abuela empezaba a ponerse de verdad furiosa. Trató de calmarla.

—Tampoco es tan grave lo de los pantalones. Me los coses y quedan nuevos —dijo—. Para jugar me pondré siempre los otros. Seguro.

—¡Déjate de tonterías! —dijo la abuela—. Aquí lo que hay que hacer es justicia.

Karli no comprendía lo que quería decir la abuela con eso de «hacer justicia». Los otros niños tampoco lo entendieron.

—¿Qué quieres, entonces? —preguntó Karli.

—Quiero saber quién fue.

—¿Y luego? —preguntó Karli.

—Luego le diré que hizo mal. Y a su madre que te compre otros pantalones.

—No puede ser —dijo Karli.

—Es la justicia —dijo la abuela.

—¿Y si los pantalones son caros? —preguntó Ralph.

—¡Entonces es que has sido tú el que los ha roto! —dijo la abuela.

A Karli le entró mucho miedo y le aseguró a la abuela que Ralph no había sido.

La abuela volvió a ponerse furiosa. Tomó del brazo a Ralph, que quería largarse, y empezó a sacudirlo. Karli le gritó:

—¡No le hagas nada, abuela! ¡Por la justicia!

—¡Os daría a todos de palos...! —gritó la abuela.

Karli se sintió triste y avergonzado. Por la tarde se lo dijo a la abuela:

—Lo del patio no estuvo bien, abuela.

—¡Entonces cósete tú mismo los pantalones!

Karli se daba perfecta cuenta de que a la abuela no le importaban tan sólo los pantalones. Por otra parte, ¿cómo había que hacer para ayudarla?

Yo de «educación moderna» y esas modas no entiendo. Tampoco quiero hacer nada mal. ¡Qué se vayan al diablo todos! No me gusta que Karli se junte con los chicos más sucios, los más alborotadores y los más malos. Lo peorcito del barrio. No es que a nosotros nos sobre el dinero, lo que pasa es que a mí me daría vergüenza ir así de desastrado. Karli piensa de otra forma. Dice que es que no tienen abuela y que tener abuela es lo más importante. Y eso tampoco se les puede echar en cara a esos chicos. Quizás tenga razón Karli. ¡El sabihondo!

Con la abuela de vacaciones

Karli lleva ya tres años con la abuela y dos de escuela. Tiene ahora un montón de amigos y no es capaz de imaginarse que las cosas en otros tiempos fueran muy distintas. A veces le preguntan si le va bien siempre con la abuela. Karli no entiende cómo podría irle de otra forma. De vez en cuando, se arma algún cisco pero, por regla general, la encuentra estupenda. Tampoco se queja tanto como las demás viejas que vienen los sábados a tomar café y a charlar un rato. Las otras empiezan ya a gemir apenas llegan a la puerta del piso. La una que si siente pinchazos en la pierna, la segunda que le da el hipo después de las comidas y la tercera que si el marido... Cada vez que se asoman las viejas Karli se larga y a la abuela le parece lo más natural. La abuela se ha acostumbrado también a que Karli escoja él mismo sus amistades y ya no trata de convencerlo como al principio.

Cuando Karli cumplió los ocho años la abuela le regaló unos pantalones nuevos y —esa fue la sorpresa— unas vacaciones juntos. La abuela, según decía, no había ido

de vacaciones desde hacía treinta años largos. Y en las últimas de las que se acordaba —en Tegernsee, a orillas del lago— no había parado de llover, Tegernsee no está lejos de Munich pero para la abuela, que no tiene mentalidad de automovilista, resulta ya muy lejos. Karli, al que la abuela le había hablado unas cuantas veces de sus últimas vacaciones, temía que le tocara volver a Tegernsee y a Tegernsee había ido ya de excursión con la escuela. A Karli le parecía además que no estaba lo suficientemente lejos para ser unas vacaciones de verdad. Otros chicos de la escuela le hablaban de España, Italia, Holanda o el mar Báltico.

El entonces —por consejo de la abuela— les decía:

—Nosotros hemos veraneado en el balcón.

Como no estaba acostumbrado a las vacaciones tampoco le hacían falta.

—Esa gente va a España a seguir peleándose —le dijo la abuela— y regresan mucho peor de lo que se fueron.

Karli no estaba muy de acuerdo pero en todo lo que decía la abuela había siempre algo de cierto. Y en eso, también. Ya se lo había contado su amigo Eberhard:

—Veranemos en España, en la costa. Al principio estuvo bien pero luego se armó la gorda y mi madre no habló más con mi padre hasta que regresaron. No le volvió a

gritar hasta que a la vuelta, en la autopista, por poco se estrella contra un camión.

Así no se imaginaba Karli unas vacaciones.

La abuela había escrito en un papel:

«Bono para Karli (y la abuela).

Veraneo para dos personas del 14 al 28 del VII en Furth im Wald».

Autorizado y con el visto bueno de la abuela.

Karli lo leyó y le pareció raro. La abuela, mientras él leía, no cesaba de preguntarle:

—¿Eh, eh? ¿Qué te parece, Karli? ¿Eh?

—¿Dónde está eso de Furth im Wald, en pleno bosque? —preguntó Karli al cabo de un rato.

—En el bosque de Baviera —respondió la abuela—. Y pasa el tren, que es lo importante. Así no tendremos que coger el autobús. Yo todo eso no lo conozco. Fräulein Bloch, la que viene siempre a tomar café, estuvo allí de vacaciones y nos ha reservado alojamiento. No está mal de precio, todavía podemos permitirnoslo. Fräulein Bloch dice que son granjeros de verdad, gente amable.

Una semana antes de la partida no había forma ya de frenar a la abuela. No paraba de hacer y deshacer maletas. A Karli, que le decía que no fuera tan tonta de empezar a hacer ya las maletas, lo echó del cuarto.

—Tú no lo comprendes —le dijo—. Yo es que he perdido la costumbre de viajar.

—Con una maleta, sobra —dijo Karli—. Yo no tengo que llevarme tantas cosas.

El tren salía a las seis de la mañana. La abuela se levantó en plena noche y a las tres despertó a Karli. La abuela había acabado de vestirse para el viaje. Karli no la había visto nunca de aquella forma. La abuela llevaba un traje con una falda que le llegaba casi hasta los tobillos.

—¿No puedes acortarte un poco la falda? —le dijo Karli.

—Lástima de tela —dijo la abuela—. Y, además, está de moda.

La abuela llevaba también sombrero nuevo. O viejo. Uno, de todos modos, que nunca se ponía. La abuela solía usar pañuelos de cabeza. El sombrero incluía una aguja enorme, con una perla.

—Vas a pinchar a la gente —dijo Karli.

—Es un alfiler de sombrero —dijo la abuela—. Se llevan así. Y ya está bien de ponerme pegas.

Karli se vistió. El café se lo tomaron de pie. Comieron pan con mantequilla y, poco antes de las cuatro, la abuela dijo:

—Ahora tenemos que irnos.

Karli preguntó si había tranvías.

—Hay que ir a pie hasta la Estación —respondió la abuela.

—La maleta pesa mucho —exclamó Karli.

—Tengo un arma secreta —dijo la abuela.

La abuela arrastró escaleras abajo el maletón —con un paraguas atado y el bastón del abuelo— y cuando llegó abajo lo puso a su lado, en la acera, y salió andando con él. El maletón llevaba unas ruedecillas por la parte de abajo.

—Era del abuelo —dijo.

A Karli —de pronto— le pareció todo fenomenal. Llegaron a la Estación demasiado temprano y la abuela tuvo tiempo de examinar detenidamente cada uno de los andenes y de leer todos los letreros. Al final todavía no estaba segura de si su tren salía efectivamente del andén seis. La abuela preguntó a cinco ferroviarios, uno tras otro, y todos le respondieron lo mismo. Karli terminó por enfadarse:

—Como preguntes a uno más, me marchó.

El viaje en tren resultó divertido. La abuela llevaba abundantes provisiones que compartía con todo el compartimento. Al cambiar de tren ya no tenía tanto miedo. En Furth im Wald preguntó en la taquilla de la Estación la dirección del granjero y si estaba lejos.

—A pie, dos horas y pico —dijo el taquillero.

Karli se sintió enfermo. Estaba seguro

de que la abuela pondría el maletón sobre el asfalto y andaría con él kilómetros y más kilómetros. Pero la abuela tenía ya cierta práctica en lo de los viajes.

—¿Hay alguna forma de ir? —preguntó.

—Tiene usted un autobús desde la misma Estación. Si se da prisa lo cogerá todavía —dijo el taquillero.

—¿Qué línea? —preguntó la abuela.

—Es el único autobús que hay delante de la Estación —le explicó el hombre.

Y así llegaron sin más problemas a la granja. No era una granja de verdad. Tenían unas cuantas vacas pero más habitaciones que vacas. Y en las habitaciones mucha gente que pasaba allí las vacaciones.

—Estos campesinos con sus vaquitas... —explicaba luego la abuela, al contarles las vacaciones a sus amigas—. Y a nosotros nos ordeñaron bien.

Su cuarto —tenían sólo uno— no era muy grande y estaba debajo mismo del tejado. El cuarto de baño se encontraba un piso más abajo y la abuela se quejó de que no podía andar todas las noches dando vueltas como un fantasma por la casa.

—Entonces le hará falta a usted un dompedro —dijo la granjera de mal humor.

Karli, que no tenía ganas de preguntar, se imaginaba que un dompedro debía ser una especie de acompañante que la protegiera.

La abuela se rio cuando Karli se lo dijo.

—Lo que ha querido decir ésa es que necesito un orinal.

A Karli le pareció una mala jugada de la patrona. La abuela, efectivamente, se paseaba todas las noches por la casa, metía ruido, gemía y despertaba a casi todo el mundo. Karli estaba seguro de que lo hacía sólo para que se enfadara la patrona.

Hasta entonces la abuela había procurado siempre mantener a Karli alejado de su cuarto. Ahora vivían juntos y tenían que dormir por primera vez en la misma habitación. A Karli le daba miedo. La abuela, sin embargo, lo arregló de forma que Karli durmiera ya cuando ella subía por la noche al cuarto. En la sala de estar de la granja había un televisor ante el que se sentaban todas las noches los huéspedes. Y la abuela también. Karli tenía que subir a acostarse dos horas antes como mínimo de que terminara el programa.

Algunas veces estaba todavía despierto y oía cómo se desnudaba la abuela. No acababa nunca. Karli se imaginaba que la abuela debía llevar cuatro o cinco vestidos uno encima del otro, o enaguas, puesto que ninguna persona normal tardaba tanto tiempo en desnudarse. Tan pronto como se metía en cama, la abuela se dormía en seguida y roncaba. No roncaba de verdad, era como una

especie de jaseo. Karli lo escuchaba y no conseguía volver a dormirse.

A la mañana siguiente, sin embargo, la abuela insistía en que había dormido pésimamente y en que había oído a Karli dar todo el tiempo vueltas en la cama. Cuando Karli, entonces, le decía:

—Yo estaba reposando y muy tranquilo.

La abuela replicaba:

—¡Qué sabrás tú, si has dormido como un lirón!

Los huéspedes eran casi todos gente mayor. Había sólo dos niños. Uno era de Wuppertal, se llamaba Bernd y tenía un año menos que Karli. El otro era de Berlín, tenía ya catorce años y se aburría. Karli iba con Bernd a los establos y al granero y se inventaban los dos muchos juegos imposibles de jugar en la ciudad. A Karli, Bernd le pareció simpático. A la abuela también.

—Pero su madre es una cursi —decía.

Karli no entendía muy bien lo de cursi pero no se atrevía a preguntar. Cuando la abuela se expresaba así no solía anunciar nada bueno.

La abuela se enfadó con la granjera por culpa del café de recuelo que les servían por las mañanas. La abuela decía que no se podía beber, que era agua sucia y que se sentía mal todo el día por culpa del brebaje. La patrona cogió un enfado terrible y dijo que

era la primera vez que lo oía, que había tenido un montón de huéspedes, pero ninguno hasta ahora tan descarado. Luego aseguró que el café era bueno y fuerte. La abuela sonrió maliciosamente y pronunció la frase que acabó de sacar de quicio a la granjera:

—Lo más probable es que moje usted un rabo de vaca en el agua hirviendo. A eso sabe.

La patrona invitó a la abuela a que abandonara inmediatamente la casa.

La abuela dijo que ni pensarlo, que ella y su nieto eran huéspedes de pago.

Por eso se quedaron. A la abuela le pareció que el café se volvía todavía peor.

—Ahora la mujer esa se venga de mí —dijo.

En la única excursión larga que hizo con Karli la abuela se cayó a un profundo silo de nabos forrajeros que no se veía apenas porque estaba cubierto con pacas de paja. La abuela tampoco lo hubiera visto porque iba corriendo detrás de una mariposa. De pronto, desapareció. Karli la oyó gritar desde las entrañas de la tierra. No, no gritaba, gemía. Karli se quedó confundido y sin saber qué hacer. Mientras la abuela vociferase era señal de que las cosas iban bien. Cuando se echaba a gemir es que le ocurría algo serio.

—¿Dónde te has metido, abuela?
—exclamó Karli.

—¡Es que no lo oyes, imbécil! —contestó la abuela.

Karli se dio cuenta entonces de que no le había pasado nada. Se asomó al borde del foso, vio un agujero entre el heno y oyó resollar a la abuela mientras iba ascendiendo a duras penas.

—¿No puedes ir a buscar una rama? —le dijo la abuela.

—¿Para qué?

—¡No me hagas preguntas tontas, Karli! Para sacarme.

—Ahora voy —dijo Karli.

Karli encontró una rama larga, medio podrida, y la metió en el foso. Sintió al otro lado el enorme peso de la abuela.

—¡Tira de una vez! —le gritó la abuela.

Karli tiró, se rompió la rama y la abuela empezó de nuevo a lamentarse:

—¡Contigo no hay manera!

Al cabo de un rato, tras un largo silencio que asustó a Karli, se la oyó apilar nabos.

—¿Qué haces? —preguntó Karli.

—Una escalera —dijo la abuela.

Por ella fue subiendo entre suspiros. Al poco rato la abuela asomaba de la tierra hasta media barriga, le miró indignada y preguntó:

—¿Y ahora, qué? ¿Vuelo?

—¡Yo qué sé! —dijo Karli.

La abuela trató de volar. Saltó, se agarró al borde del foso, estiró la pierna como

una rana y fue saliendo poco a poco. A Karli le entró la risa. La abuela se quedó primero de rodillas, se levantó luego, se limpió la falda y le soltó una torta a Karli.

—¡Encima que te rías! —le gritó—. Ya está bien de vacaciones. ¡Las últimas!

Por la noche, en la sala de estar, la abuela contó la historia de una forma muy distinta a como había sucedido. Mucho más interesante y con más «suspense». Sobre todo lo de cómo volvió a salir de entre los nabos. De un solo salto, según ella.

—Así es como brinco yo todavía —dijo—. ¡Con lo vieja que soy!

A Karli le molestó que la abuela contara mentiras.

Por la noche Karli se despertó y la abuela le preguntó que por qué no dormía. Karli hubiera podido responder que tenía la nariz tapada.

—Porque hoy has contado una mentira —dijo.

La abuela se rió.

—Mira, Karli, cuando a una le pasan tan pocas cosas como a mí hay que fantasear un poco. ¿No te parece?

Karli no estaba de acuerdo.

Fueron, en efecto, las únicas vacaciones que pasaron juntos. Con el tiempo la abuela fue inventándose nuevas historias de ese verano —despampanantes aventuras— y Karli se acostumbró a haber vivido todo el montón de

cosas que se le ocurrían a la abuela. Tampoco le echó más en cara sus mentiras. Ya que no viajaba, que se desahogara por lo menos.

¿Yo es que soy Frau Erna Bittel o es que soy una cualquiera? ¿Se me puede sermonear a mí cuando a la gente le dé la gana? No, así no viajo más, por mucho que se obstine Karli. Yo ya no estoy para esos trotes. Yo en esta vida he tenido que trabajar y me las he arreglado siempre con la gente pero ver caras extrañas me irrita.

Claro que el chico ha de ver mundo; ya encontraré una solución. Yo prefiero nuestra calle de Munich que esas vacaciones de rico en el Bosque de Baviera. Aunque tenga que ir siempre detrás de Karli y con la lengua fuera. ¡Vieja de mí! Karli es mejor que vaya a un campamento. Lo importante es que él camine, que corra sus aventuras y que le dé el aire fresco.

■ La asistente social va ■ a ver a la abuela y a Karli

Karli estaba en tercero pero las cosas en la escuela no iban bien del todo. La abuela le ayudaba a hacer los deberes. A veces no podía más y decía:

—Me dan dolor de cabeza estas tonterías. ¿Por qué tendréis que aprender tanto, pobrecitos?

Karli en eso estaba de acuerdo. Así que decidió darle menos deberes a la abuela y descuidarlos él también. La mitad como mínimo no los hacía. Frau Riemer, la maestra, se lo consintió a regañadientes durante algún tiempo. A las tres semanas sin embargo le dio una carta para la abuela. Karli la echó a una alcantarilla. Pero por la tarde le entraron los remordimientos y le dijo a la abuela:

—Oye, abuela, he tirado una carta para ti.

La abuela quiso saber de quién era.

—De Frau Riemer —dijo Karli.

—¿Sabes lo que ponía? —preguntó la abuela.

—No —dijo Karli.

—Entonces se lo preguntas mañana a Frau Riemer —le ordenó la abuela.

A Karli le entró miedo y se echó a llorar.

—Mañana iré yo —dijo la abuela.

—Mañana no es día de visita —dijo Karli.

—Me da igual —dijo la abuela—. De alguna forma tengo que saber lo que me han escrito.

La abuela se presentó en plena clase. Abrió la puerta y se plantó en el aula. Karli a poco se cae del banco, de vergüenza. Sus compañeros apenas si podían reprimir la risa. La abuela, en cambio, se quedó tan seria. Y Frau Riemer, desconcertada, le preguntó a la abuela qué era lo que la traía por allí.

—La carta —dijo la abuela.

—Mala cosa, verdad —dijo Frau Riemer.

—Eso me parece también a mí —dijo la abuela.

—Habrá que ponerle remedio —dijo Frau Riemer.

—¿A qué? —preguntó la abuela.

—¿Es que no ha entendido usted la carta? —preguntó Frau Riemer.

—No la he leído —dijo la abuela.

—¿Cómo puede usted entonces venir a verme, si no la ha leído? —se admiró Frau Riemer.

—Porque se ha perdido.

—¿No se la llevó Karli?

—Desapareció sin dejar rastro —dijo la abuela—. Se me habrá traspapelado.

Karli, en aquel momento, la quiso más que nunca.

Frau Riemer salió con la abuela del aula, volvió al cabo de unos minutos y le acarició la cabeza a Karli.

—Ya lo arreglaremos —dijo.

Karli se quedó intrigado y deseando saber lo que le había contado Frau Riemer a la abuela fuera de la clase. La abuela resolló de nuevo.

—No haces los deberes, Karli. O los haces a medias. Y siempre mal.

—Tú tampoco sabes hacerlos —dijo Karli.

—Yo no voy a la escuela —dijo la abuela.

—Pero tú eres vieja, abuela. Tú tenías que saberlo todo —dijo Karli.

—Me he olvidado de muchas cosas —dijo la abuela.

La abuela y Karli estuvieron viendo la forma de hacer los deberes sin cometer demasiadas faltas. La abuela suspiró.

—Tendré que aprender contigo y con tus libros, Karli.

Quizás fuera el asunto de la carta el que les llevó a casa a la asistente social. La escuela debió habérselo comunicado a los de

la protección de menores, puesto que el director y la maestra sabían que Karli era huérfano de padre y madre y estaba bajo tutela. Tal vez quisieran verificar cómo hacía Karli los deberes, si tenía un sitio tranquilo para estudiar y si la abuela estaba en condiciones de ayudarle en caso necesario.

Sea como fuere, la cuestión es que se presentó la asistente social. Tenía muy buen aspecto y llevaba los ojos muy maquillados, con sombras de color verde. A Karli le gustó. A la abuela, no. A la abuela lo que más le hubiera gustado hubiera sido echarla por la ventana. La asistente social se sentó a la mesa de la cocina y la abuela frente a ella. Karli se había refugiado en el sofá. La asistente social preguntaba muchísimo: por qué Karli después de la muerte de sus padres había sido recogido por la abuela, si tenía parientes más jóvenes, si la abuela había padecido enfermedades contagiosas, si tenía que ir a menudo al médico, si Karli tenía dificultades con la lectura, si disponía de un cuarto para él solo.

La abuela —haciendo rechinar la dentadura postiza— la llevó por todo el piso, le enseñó la cama de Karli y le dijo:

—¡Bien mullida y bien limpia!

En la cocina levantó la tapadera de la olla y dijo:

—¡Y de comer se le da también como Dios manda!

La señorita asentía a todo.

La abuela no podía reprimir la ira. Volvió a empujar a la joven hasta la silla, la sentó, dejó caer los brazos sobre los hombros de la asistente social, le sopló en la cara y dijo en voz muy baja:

—Bueno, señoritinga, ¿usted qué es lo que quiere? ¿Le parezco una bruja como las de los cuentos? ¿Cree usted que soy tonta? ¿Me caigo de vieja? ¿Le he enseñado el trasero a algún vecino? ¿Ha robado Karli? ¿O qué?

La señorita trató de sonreír, lo consiguió a duras penas y replicó igual de bajito:

—No se trata de eso. La escuela se ha interesado por Karli, Frau Bitte, porque no hace bien los deberes. Entonces creímos que...

—¿Qué es lo que creyeron? —preguntó amenazadora la abuela.

—Bueno, pues que en estas circunstancias, usted, con sus arreglos...

La abuela se echó a gritar:

—¡Yo ya hace tiempo que no estoy para arreglos, señorita! ¿Usted qué se ha creído?

Karli trató de escabullirse del cuarto. La abuela lo agarró y dijo:

—¡Tú quédate aquí, Karli! Tienes que oírlo. Me hace falta un testigo.

Desde que la abuela andaba por los negociados quería siempre tener testigos.

—Es muy importante —decía—. Después le toman el pelo a una.

La señorita estaba tan asustada que dejó de hablar de los arreglos y afirmó que le parecía todo bien, pero que pasaría a verles cada dos meses y, en caso necesario, les ayudaría.

La abuela se puso más amable pero dijo aún:

—Hasta el presente nadie me ha ayudado, señoritiña, y ahora es tarde. Karli ya ha pasado lo peor.

La señorita añadió todavía algo que hizo estremecer a Karli:

—Podría ocurrirle a usted cualquier cosa. O podría ponerse tan enferma que hubiera que llevarla al hospital. ¿Qué hacemos entonces con el niño?

La abuela la empujó más allá de la puerta y respondió:

—¡Imposible!

Ese «imposible» se lo repetía Karli cada vez que se imaginaba que una ambulancia iba a llevarse cualquier día a la abuela o incluso que se moría. ¡Imposible!

Puede ser que me equivoque con Karli. Encima, lo de la carta. ¿Es que soy quizás demasiado buena? ¿Qué significa buena? Yo prefiero hablar con él que gritarle. Gritarle también me cansa. Soy buena con él porque lo quiero. También dicen que educar con

amor es el mejor método. ¿No va a bastarme ahora? El chico miente y se descarría. Tonte-rías; hablaré con él, le apretaré un poco las tuercas y le enseñaré a no tener miedo de los de la tutelar, ni de la asistencia social, ni de todos esos jaleos. ¿Si con nosotros dos no marchan bien las cosas, con quien han de marchar bien entonces? Ahora exagero, lo sé. Pero me ayuda.

■ Los miedos de la abuela ■

Tampoco es que la abuela abuse de la bebida. No. Pero en el aparador guarda una botella de aguardiente que Karli —cuando mira— ve ir vaciándose poquito a poco. La primera vez que Karli le preguntó a la abuela por la botella, la abuela se enfadó con él.

—No me gusta que andes fisgoneando, Karli. Y además, ¿qué quiere decir eso de beber? Un traguito sólo cada día...

—O dos veces dos —murmuró luego.

Karli tampoco quería decir que la abuela se emborrachara. Karli a la abuela nunca la había visto bebida como a los vecinos, a veces, o a la vieja Frau Lederer de la buhardilla. Lo único que le interesaba era saber por qué se lo ocultaba.

—¿Por qué escondes la botella, abuela? —le preguntó.

La abuela se sentó en el sofá. A Karli le tocó también sentarse, aunque no tuviera ganas. A lo mejor la abuela le contaba una de aquellas historias de otros tiempos. Una por lo menos que no conociera, confió Karli.

Empezaba, efectivamente, como una historia:

—Tu abuelo, Karli, algunas veces empinaba bastante el codo. De vez en cuando te diré que hasta llegaba a casa a cuatro patas y yo, entonces, me juré no probar en la vida esos brebajes. Incluso cuando nos invitaban o cuando celebrábamos cualquier cosa yo la bebida apenas la tocaba. Ahora es diferente. Y ocurrió de una forma bien sencilla. El día en que murió el abuelo yo daba vueltas por la casa queriendo poner orden y enredándolo todo, en realidad, mucho más de lo que estaba. En la mesilla de noche del abuelo encontré, por casualidad, dos botellas de aguardiente y, en medio de toda la tristeza, me quedaron fuerzas todavía para ponerme furiosa. Abrí una de las botellas y me bebí un buen trago, como para contrariar al abuelo difunto. ¿Y sabes tú lo que pasó, Karli? Me sentó bien. Me dije que era estupendo para matar las penas. Y desde entonces me las mato con una copita o dos. Sobre todo cuando me entra miedo.

Karli la miró asombrado.

—¡Pero abuela, si tú no tienes miedo! Nunca te lo he notado.

—Tú, Karli, a tus ocho años, ya sabes mucho. Lo que pasa es que el miedo no puede verse.

Karli le aseguró que lo notaría. La abuela se rió.

—Tú confías demasiado en tus fuerzas, jovencito. Yo, sabes, no es que tenga miedo

del gordo ese del tutelar de menores, o de la asistente social, o del portero, o de quién sea. Yo tengo miedo de cosas muy distintas y no sólo un miedo, muchos miedos. Tengo miedo de que venga otra inflación y se me lleve todo lo que he ahorrado, como ya nos sucedió otra vez. Yo entonces, en 1923, era casi una niña y mi padre, tu bisabuelo, tampoco es que hubiera podido ahorrar mucho. Pero, de la noche a la mañana, el poquito de dinero que tenía no valía nada. Lo que antes había costado un marco costaba, de repente, miles de ellos. ¡De locura! Y luego, en 1931, cuando el dinero recuperó su valor lo que no hubo fue trabajo. Yo estaba recién casada, tu abuelo se había quedado sin empleo y vivíamos con lo poco que nos daban del subsidio de paro. No conseguíamos salir de apuros.

—De eso tengo miedo. Y tengo miedo de ponerme enferma. ¿Qué va a ser de tí, entonces? Cada vez que vas a la escuela tengo miedo de que te pase algo. Tengo miedo de que nos suban el alquiler del piso. Estos son mis miedos. Y no consigo librarme de ellos. Me rondan constantemente por la cabeza. Y, cuando me fastidian demasiado, voy al aparador, me sirvo una copita de aguardiente, me la bebo de un trago y me digo:

—¡Quién dijo miedo, Erna Bittel! Y por un momento se me pasa.

Karli lo comprendió perfectamente.

Ha descubierto que me echo un traguito de cuando en cuando. Es probable que me tenga por una vieja borracha. He tratado de explicárselo. Es curioso que cuando le explico estas cosas me toque sentirme siempre como si fuera tonta. ¿Qué sabe el chico del miedo que yo tengo? A lo mejor me comprende un poco. Tal vez me conozca mejor de lo que yo pienso. ¡Ojala! Una copita de cuando en cuando, eso es lo que me hace falta. ¡Sí señor!

A la abuela le gusta el fútbol

Karli, en la escuela, no iba bien en todas las asignaturas ni hacía siempre los deberes, pero la mayoría de sus compañeros le querían. Era muy ocurrente en los juegos, servicial, se pegaba la mar de bien y, sobre todo, jugaba estupendamente al fútbol. Su amigo Kümmel, un muchacho delgado y larguirucho al que le gustaba la astronomía, era el mejor portero del curso. Y a él también fue al que se le ocurrió la idea de formar una buena selección para ganarles a los de tercero.

A Karli lo pusieron de libre. Lo de libre lo habían aprendido en la radio y en la tele. Sea como sea, se decía Karli, el libre tiene que ser el más inteligente del equipo, puesto que les da juego a todos; el libre es el que reparte balones como solían decir los reporteros.

Durante cierto tiempo se entrenaron en los recreos. Los profesores se enteraron y les propusieron encontrarse por la tarde en el campo de juego del club local. Quedaron en que uno de los profesores iría también.

A Karli le pareció estupendo y, apenas

llegó a casa, se lo contó a la abuela. La abuela se pronunció en contra. Le explicó que en un juego tan violento podía romperse una pierna y se exponía, además, a que le abrieran la cabeza.

—Ni hablar, Karli —dijo la abuela—. Yo soy generosa pero es que ahí ni siquiera os vigilan.

—No dejamos que nos vigilen —dijo Karli—. Tú siempre buscas vigilantes. ¡Anda, déjame ir! El jueves es el primer entrenamiento.

La abuela no logró mantenerse inflexible. En realidad es que no era capaz de ello. Le preguntó a Karli en qué campo jugaban.

—No muy lejos de aquí —respondió Karli—. En el «Grün-Weiss», sabes, donde la gente juega al tenis.

—Sí, sí —dijo la abuela—. La gente que no tiene nada que hacer, será.

—¡Tonterías! —dijo Karli—. Tú si hubieras aprendido también jugarías.

—¿Sabes cuánto cuestan esos trajecitos blancos? —le preguntó la abuela.

—Me da lo mismo.

—A mí también —dijo la abuela—. Pero por eso precisamente no puedo yo jugar.

El jueves Karli desapareció. El era el que guardaba el balón a manchas blanqui-negras, un balón que incluso la abuela hubiera encontrado bonito.

También estaba allí, con ellos, uno de los profesores jóvenes. Les enseñó muchas cosas: a parar el balón con el pecho o con el pie, a chuñar con la puntera o el empeine. Karli prefería el juego de cabeza y en él era también el mejor. Kümme!, en la puerta, parecía una serpiente. Se tiraba al aire, aterrizaba en el barro y le daba todo igual con tal de parar el balón.

En pleno juego Karli se llevó un sobresalto al ver a la abuela que le hacía señas desde el borde del campo. Karli no le hizo caso. Le daba muchísima vergüenza. Al cabo de un rato la abuela empezó a gritar. Al principio Karli, que procuraba no mirar en su dirección, creyó que se enfadaba. Luego se dio cuenta de que le animaba a él o a otros chicos.

—¡Más rápido, Karli! —la oyó gritar—. ¡Ese gordo es una mula! ¡No dejes que te quiten el balón!

El profesor fue hasta donde ella estaba y conversaron un rato. Karli los observaba de reojo a los dos. El profesor no paraba de reír. La abuela debía decir un montón de cosas raras.

La abuela se quedó hasta el final del partido, animando al equipo. Lo que es entender, seguro que no había entendido mucho. Por eso, probablemente, se reía tanto el profesor. La abuela hablaba de defensores, exteriores y medio internos. Karli no sentía las

menores ganas de explicárselo. Tampoco lo hubiera comprendido. Pero a partir de entonces la abuela le dejó ir a jugar sin deshacerse en lamentaciones.

En uno de los partidos siguientes Karli se lesionó. Fue una torpeza suya, así que nadie tuvo la culpa. Karli tropezó —sin balón, encima— y se torció el tobillo. Se le hinchó en seguida la pierna y no pudo seguir jugando.

El profesor le llevó en su coche a casa.

A Karli le extrañó que la abuela no se enfadase. La abuela, muy tranquila, le dio las gracias al profesor, examinó el tobillo y sentenció:

—No hay nada roto.

Ni siquiera fue a buscar al médico y eso que Karli le dijo:

—¡Me duele mucho, mucho!

—Ya lo sé —dijo la abuela—. Te pondré unas compresas de vinagre y ya verás cómo se te pasan los dolores. Pero tienes que estar en cama unos días.

La abuela se portó estupendamente. Ese día no fue a repartir prospectos, se quedó con él, movió el televisor de forma que Karli pudiera verlo desde la cama y jugaron al parchís y a la pulga. Al tercer día, cuando ya Karli se aburría, quiso hasta enseñarle a hacer punto. Karli se negó.

Karli tenía miedo de que la abuela no le dejara jugar más al fútbol. Pero no.



El primer día que fue a la escuela la abuela incluso le preguntó:

—¿No jugáis hoy?

—No. No jugamos hasta mañana

—dijo Karli.

—Cuidado ahora con la pierna —dijo la abuela—. ¡Pero juégame bien, Karli!

Si Karli supiera lo que pienso de él y lo que tengo que hacerle creer a veces. Eso del fútbol, por ejemplo. Tuve miedo. Pensé que se iba a dar vueltas por ahí, que me engañaba, que era un cuento lo del amable profesor y el campo de fútbol. Me dio mucha vergüenza ser tan desconfiada. ¡Que no vuelva a suceder, Erna Bittel!

De por qué Karli y la abuela riñen de vez en cuando

A veces Karli se enfada con la abuela: cuando no le deja por ejemplo ir a ver la última película del oeste, cuando la abuela encuentra atroz a alguno de sus amigos, cuando le obliga a ponerse la chaqueta de más abrigo aunque reluzca el sol. Son riñas cotidianas. De verdad, de verdad Karli sólo se pelea por su madre. Karli ya no se acuerda muy bien de ella pero la siente todavía cerca; su madre sigue siendo la persona más querida. Para la abuela, en cambio, la persona más querida es su propio hijo, el padre de Karli. A la madre de Karli encuentra todavía cosas que censurarle, años incluso después de su muerte. A la abuela le parece que se equivocó más de una vez. Y también al educar a Karli.

Tan pronto como la abuela vuelve a soltarle el rollo, Karli empieza a echar chispas. Karli tiene ya mucha práctica en defender a su madre.

—¡Son cosas que no te importan! —le grita Karli a la abuela—. ¡Tú no puedes saber cómo era mi madre!

—Lo sé mejor que tú —replica la abuela.

Y se arma. Karli no acaba de entender por qué la abuela le provoca de esta forma. No tendría por qué hacerlo, por qué hablar de su madre. Karli lo preferiría. A veces, sin embargo, parece que se enfada al recordarla. Karli es incapaz de comprenderlo.

—No es que fuerais enemigas —dice Karli—. Al fin y al cabo era mi madre, la mujer de tu hijo.

—Sí, claro —responde la abuela y ese «sí, claro» suena siempre la mar de antipático.

En tales disputas Karli suele acabar llorando. Una vez hasta se abalanzó sobre la abuela a puñetazo limpio. La abuela tardó muchos días en perdonárselo. La abuela, por lo visto, no comprende que Karli quiera todavía a su madre como si estuviera viva. O más todavía. Quizás tenga celos de ella. Podría ser.

—¡Si supieras lo mala que era capaz de ser conmigo! —le dice la abuela.

—Tonterías, abuela. Tú no tienes ni idea, tú no sabes lo buena que era mi madre —insiste Karli.

—Para ti, quizás —responde la abuela.

—¡Contigo no tenía por qué serlo! —le grita Karli—. Tú debías ser también muy antipática con ella. Y además tú no eras importante.

—¿Y ahora? —exclama triunfalmente la abuela—. ¿Tampoco soy ahora importante?

—¡Vete al diablo! —solloza Karli sin querer admitir que para él la abuela es ahora tan importante como lo fue su madre.

Bueno, es que a mi nuera nunca acabé de tragarla y está claro que el chico sigue todavía apegado a ella. Yo soy su abuela y vivo, ella fue su madre pero está muerta. Tampoco es que fuera ninguna santa. Y él la santifica. ¿No voy a poder decir yo entonces esta boca es mía? Es extraño pero Karli me provoca con su «en casa de mi madre era así...», «mi madre lo hacía de otra forma...». Bueno, bueno, ¡ahora me toca a mí! Y la muerte no va a hacer a una persona mejor de lo que era. Procuraré no provocarle más. No es nada fácil.

■ La abuela gana un viaje ■ gratis en avión

La abuela participaba en casi todos los concursos de periódicos y revistas. A Karli le ha contagiado la manía y suelen enviar las soluciones por partida doble. Karli ganó una vez un casco protector de color amarillo rabioso que le iba demasiado grande y que ahora anda colgado de un gancho en su cuarto. La abuela, cuando llegó el paquete con el casco, se enfadó:

—Acabas de empezar y ya ganas. Yo llevo años concursando y nunca me toca nada.

Karli la consoló:

—A ti seguro que te toca el primer premio.

Y le tocó. La abuela ya no se acordaba ni de qué concurso era porque participaba por lo menos en doce. Primero se lo comunicaron telegráficamente:

«Ganó premio vuelo gratis sobre Munich. Felicidades».

—¿Eso qué significa? —le preguntó la abuela a Karli.

—Significa que vas a sobrevolar Munich en avión. Está más claro que el agua.

—Me niego —dijo la abuela—. Que me lo cambien.

—Primero espera —dijo Karli.

Los organizadores del concurso se habían dado prisa con el telegrama pero luego pasaron muchos días sin que volviera a saberse de ellos. La abuela, que tenía un verdadero miedo al premio, no pensaba en otra cosa y cada vez que sonaba el timbre salía corriendo hacia la puerta. Luego eran el cartero o la vecina y la abuela se quedaba muy decepcionada.

—Me parece que me han tomado el pelo —decía.

—Tampoco pueden ir tan deprisa —le explicó Karli—. Necesitarán tiempo para encargarse del pasaje.

—No lo quiero —dijo la abuela.

—Ellos no pueden saberlo —dijo Karli.

—¡Bobadas!

La abuela, cuando hablaba del premio, se indignaba:

—Saben muy bien que a una señora mayor no se le puede regalar un paseo en avión.

Estaban cenando. Karli se reía. La abuela le gritaba que no se repantigara en la silla y que no pusiera los codos encima de la mesa. Karli le preguntó:

—Oye, abuela, tú dices que saben que eres vieja. ¿Tuviste que poner la edad?

La abuela se puso a cavilar. Karli la sacó de su ensimismamiento:

—No hay que declararla. Por regla general basta con decir que uno está autorizado a firmar. ¿Tú lo estás, no?

—¿Te parece que ando mal de la cabeza? —le gritó la abuela.

—No —dijo Karli—, ¿qué tiene que ver?

De camino hacia la escuela Karli estuvo pensando cómo quitarle el miedo a la abuela y decidió escribir a los organizadores del concurso. Por la tarde, mientras la abuela repartía prospectos, redactó la carta:

«Distinguidos organizadores:

Soy el nieto de Frau Bittel a la que se han dignado ustedes conceder el viaje en avión. Aprovecho la ocasión para decirles lo que mi abuela no se atreve: que no le gusta nada el premio. Mi abuela no quiere volar porque tiene miedo. Mi abuela no ha subido nunca a un avión. Y yo, tampoco. No sería mala idea que le regalaran ustedes a mi abuela algo que le gustara. Seguro que se alegraría.

Les saluda muy atentamente.

Karli Bittel»

Karli encontró un sello, lo pegó en el sobre y lo echó al buzón antes de que regresara la abuela. Karli esperaba que los acontecimientos se precipitaran pero se equivocó. No

pasó nada y la abuela siguió hecha un manojo de nervios. Por fin, a las tres semanas, llegó una carta de la casa patrocinadora. No iba dirigida a la abuela sino a Karli y eso fue lo que más exasperó a la abuela. Karli estaba en la escuela y la abuela no tenía derecho a abrir la carta. La culpa era de ella porque le había prometido a Karli no tocar jamás su correspondencia, igual que él tampoco tocaría la suya. Eran cosas que no estaban bien y la abuela andaba en ascuas. Ese día Karli tenía seis horas de clase. La abuela por poco se vuelve loca de curiosidad. Primero puso la carta al trasluz para ver si podía leerse el texto. Luego pensó en abrirla al vapor pero eso sería hacerle trampas a Karli, así que esperó. Para que no se le hiciera tan larga la espera se fue a la panadería, compró media barra de pan y estuvo charlando un buen rato con el panadero, hasta que éste se cansó y le dijo:

—Ya es hora de que vuelva a la tienda, Frau Bittel.

A la abuela le supo mal haber entretenido tanto tiempo al panadero pero es que no sabía qué hacer entretanto. Finalmente oyó a Karli en la puerta, se precipitó a abrirle y exclamó:

—¡Karli, tienes carta de los del vuelo!

Karli asintió fríamente, pasó por delante de ella sin hacerle caso y se metió en su cuarto.

—¿Es que no te interesa nada de nada? —le gritó la abuela.

—Sí que me interesa, abuela. En seguida voy. Primero tengo que ordenar las cosas de la escuela —dijo Karli.

—Eso puedes hacerlo después —dijo muy nerviosa la abuela.

—Luego te quejas de que soy incapaz de tener las cosas en orden.

—¡Ahora, no!

—Claro que sí. Te quejas siempre.

—Hoy no.

Karli tardó todavía un buen rato y la abuela, esperándolo, medía la cocina a zancadas.

—¡Dios mío! ¡Qué asco de niño! —gemía.

La abuela le trajo un cuchillo para que abriera el sobre. Karli desplegó la carta con una lentitud exasperante y la sostuvo de modo que la abuela no pudiera leerla. Karli asentía a medida que iba leyendo, sonrió satisfecho y plegó la carta.

—¿Qué hay? —preguntó la abuela.

—Todo claro —dijo Karli.

—¿Qué significa todo claro? ¿Cómo se les ocurre escribirte a ti? La que ha ganado he sido yo, no tú —exclamó la abuela.

—Tú no querías el premio —dijo Karli.

—Ellos no podían saberlo —dijo la abuela.

—En efecto, no podían —dijo Karli.

Karli se sentía pero que muy superior.

—He sido yo el que les ha escrito.

—¿Tú? ¡Estás loco! ¡Me estás echando a perder las relaciones comerciales! —le gritó la abuela.

Karli andaba cada vez más tranquilo.

—No te echo a perder nada, abuela.

Lo único que hice fue arreglarlo —dijo.

—¡Anda, explícate! —dijo la abuela.

—Voy a ser yo el que haga el viaje —dijo Karli—. Me lo han cedido a mí porque tú eres demasiado vieja.

La abuela se sentó en el taburete de la cocina como siempre que no era capaz de tenerse en pie de nerviosa o enfadada y se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Me has robado el premio, Karli. Mi único nieto me roba y, encima, se burla de mí con esas cartas. ¡Espantoso! Tendré que dar parte a la tutelar de menores —dijo.

—Si te pones así —dijo Karli— no te hablo más. Ni te digo tampoco las otras cosas que pone la carta.

—¿Qué cosas?

—A tí te toca también algo, abuela.

De consolación.

—¡Las sobras!

La abuela desistió.

—Te invitan a comer en el restaurante del aeropuerto mientras yo vuelo —dijo Karli—. Una señora comida.

—¡Así la consuelan luego a una!

—comentó la abuela.

La solución, en el fondo, le gustó: no se perdía el premio, y un buen almuerzo no era tampoco mala cosa. A la abuela le quedaba sin embargo el miedo de pensar que Karli iba a andar dando vueltas por los aires.

—A partir de ahora mi correspondencia comercial me la dejas en paz —dijo la abuela para terminar—. ¡La última vez que te entrometes en mis cosas!

Me enfado con el chico cuando se independiza y debería alegrarme. Da lo mismo que Karli se meta alguna que otra vez en mis asuntos. No he sabido comportarme. Habría de ayudarle más en estas cosas.

■ La abuela y Karli visitan ■ a una anciana en el asilo

—Hace meses que le he prometido a Frau Wendelin ir a ver un domingo —dijo la abuela—. Y tú me acompañarás, Karli. De lo contrario no resisto tantos viejos.

—¿Dónde vive Frau Wendelin? —preguntó Karli.

—En el asilo de ancianos de Obermenzing —le explicó la abuela.

—Ni pensarlo —dijo Karli.

—Tú te vienes.

La abuela no admitía réplicas. Ese día se puso aquel extraño vestido dominguero que llevaba sólo cuando iba de viaje o se asomaba a algún negociado. A Karli le ordenó también que se vistiera de un modo decente y se fueron los dos en travía a Obermenzing.

En el caserón en que entraron debían vivir, realmente, muchos viejos. El jardín que lo rodeaba estaba lleno de ellos.

La abuela notó que Karli se asustaba y le dijo, algo brusca:

—¿Te crees tú, primavera, que vas a ser eternamente joven?

—Yo no —dijo Karli—, pero no voy a ser nunca tan viejo. Y si lo soy, entonces como tú.

La abuela se rió.

—Si tú no me conocieras, Karli, y estuvieras aquí de visita con cualquier otra persona, yo sería una de tantas viejas.

Karli no dijo nada más.

Frau Wendelin los recibió en una sala extrañamente inhóspita, con muchas mesas redondas y viejos sillones acolchados. Frau Wendelin era una anciana diminuta cuya cabeza no cesaba de temblar. La abuela, al verla, pareció alegrarse de verdad y le presentó orgullosa a Karli:

—Mi nieto. Ya sabrá usted que vive conmigo.

En la sala hacía demasiado calor. Olía a moho y a aire viciado. Karli sudaba. Se quitó la chaqueta. Karli se dió cuenta de que la abuela también sudaba porque, al cabo de un rato, se quitó incluso el sombrero. Karli no atendía a la conversación de las dos viejas. La abuela explicaba cosas de Karli, Frau Wendelin hablaba de su único hijo que era aviador y había muerto en la guerra.

—Muy joven —repetía—. Muy joven.

Karli observaba a los viejos y viejas de las mesas redondas. La mayoría se comportaba normalmente. Algunos, sin embargo, sonreían o se reían bajito de una forma extraña. Hablaban consigo mismos. A otros

les tenía que ayudar a comer una monja. Los había sentados en sus sillas, inmóviles, como si ya estuvieran muertos. Karli no les tenía miedo. Pero era un mundo angustiante y ajeno.

De regreso a casa apenas hablaron.

—Mala cosa, mala, vivir así apiñados —dijo la abuela—. Todos viejos, terriblemente viejos.

A Karli le resultaba difícil explicarse:

—Tú eres también vieja, abuela, pero no así. Tú eres vieja de un modo muy distinto.

—No es cierto —respondió la abuela—. Yo soy tan vieja como ellos. Lo que pasa es que estoy sola y, además, contigo que eres un niño. La edad entonces cambia. La vejez, Karli, se vuelve terrible cuando una, de tener tantos viejos alrededor, deja de ver la vida. Eso es todo. El mundo tiene miedo de los viejos, Karli. Y tú, también.

Karli volvió a pensar en el calor, la peste y la estrechez que le angustiaron. Le dio la razón a la abuela y le pateció que era una mujer estupenda.

Me alegro de que Karli haya visto cómo son las cosas: viejos y más viejos amontonados en un asilo.

No me gustaría ir a parar allí. Por nada

del mundo. Y tampoco me encuentro tan vieja.

La culpa, en realidad, es de Karli. Si no tuviera que ocuparme de él andaría a cuestras con mis achaques, me quejaría, les daría la lata a los vecinos. Karli es mi medicina.

La abuela discute con el televisor

Al principio Karli y la abuela solían pelearse a la hora de elegir programa. Con el tiempo el problema se fue solucionando sólo, puesto que la abuela se interesaba muy poco por la televisión. La abuela prefería coser o leer el periódico. Además, las películas del oeste o las policíacas la aburrían soberanamente, con gran sorpresa por parte de Karli. La abuela sólo quería ver películas que ya conocía de antes. Y ahí sí que no admitía réplicas. Enviaba a Karli a la cama y le decía:

—Eso tú no lo entiendes porque eres demasiado joven. Son cosas que pasaron hace demasiado tiempo.

Karli había visto con ella la mitad de una de esas películas y la encontró sentimental y aburrida. La abuela sin embargo lloró a lágrima viva.

Karli se despertó una vez por la noche y oyó hablar a la abuela. Se asustó. La abuela no le había dicho que esperase gente. Karli fue de puntillas hasta la puerta, la abrió sin hacer ruido y se asomó al cuarto. La abuela

estaba sola, sentada delante del televisor y hablando con él. Parecía muy excitada.

—¡Pacotilla! —exclamaba.

Karli se propuso recordar la palabra y preguntarle a la abuela lo que significaba.

—Pacotilla y nada más que pacotilla —repetía la abuela—. Así no vive nadie. Ni siquiera los ricos. Yo no sé por qué se lo inventan. Lo que hacen es tomarnos el pelo. Eso no tiene nada que ver con nosotros. Son cosas que en la vida real no existen. Y yo aquí con Karli, la pensión y el subsidio de orfandad que me dan por el chico. Eso no lo sacan nunca. Esas cosas, no. ¿Por qué miro la televisión entonces?

Karli volvió a cerrar despacito la puerta porque le entraba la risa. Las rabetas de la abuela a veces resultaban divertidas. A la mañana siguiente le preguntó:

—Dime, abuela, ¿qué quiere decir pacotilla?

La abuela dejó la taza, sorprendida.

—¿Cómo se te ocurre, Karli? —le preguntó.

Karli estaba un poco desconcertado.

—Es que esta noche le has estado gritando un buen rato al televisor y le has dicho que todo es de pacotilla.

—¡Ah, claro! —respondió la abuela—. Las cosas de pacotilla es que son mentira. O tonterías.



—¿Qué película era, abuela? —preguntó Karli.

—Es eso que llaman cine de tesis o algo así. Se trata de una fiesta de cumpleaños en Inglaterra o en Norteamérica, una cuadrilla de insensatos que no trabajan, y en vez de ricos resulta que son pobres, y están locos o hacen como si lo fueran. ¡Vete a saber tú por qué!

—Pues es divertido —dijo Karli—. En las películas que a ti te gustan la gente va siempre de un lado a otro con esos trajes antiguos y no paran de llorar y de abrazarse.

—Tú no lo comprendes —dijo la abuela—. La vida antes era así.

—No lo creo —dijo Karli—. ¿Cómo en la película esa de la señorita en el tejado que por poco se cae? Yo esas cosas no las he visto nunca.

—Es que se trataba de una herencia —dijo la abuela.

—¿Qué es una herencia? —preguntó Karli.

—Cuando una persona se muere, el dinero que le pertenecía, las casas o las fábricas van a parar a otros que suelen ser los parientes —trató de explicarle la abuela.

—Tú no tienes mucho dinero, ni casas ni fábricas —dijo Karli.

—Yo no —dijo la abuela—. Pero en esa película la gente tenía mucho dinero y se

lo querían quitar con engaños a la chica a la que le tocaba. Y eso es una cochina.

—A mí me da lo mismo —dijo Karli—. Esas películas son muy aburridas.

—A mí me aburren las del oeste. Y, además, tampoco son verdad. ¿Tú has visto alguna vez a gente cabalgando y disparando por la ciudad? —preguntó la abuela.

—Son cosas que pasan en América —dijo Karli.

—Con todo y eso —dijo la abuela que tenía ganas de pelea.

Karli, no. Karli se limitó a decir:

—Pacotilla es una palabra que me gusta mucho.

Siempre está bien saber lo que significa pacotilla pero que Karli me tome el pelo de esa forma, por llorona, ¡eso sí que no! No tendría que consentírsele. Algo de razón lleva cuando dice que esas películas sólo sirven para llorar a gusto. Lo que pasa es que yo las modernas ya no las entiendo. Quizás tuviera que hablar un poco más de política con Karli. Mi marido nunca quiso. Aunque le fueran siempre mal las cosas decía:

—Yo en un partido ni hablar. ¡A mí en esos negocios sucios que no me metan!

Y eso que hubiera podido luchar por sus derechos. Cuando yo, después de la

guerra, me incliné por la socialdemocracia —entre otras cosas porque me gustaba Kurt Schuhmacher que era de verdad un político estupendo— Otto, mi marido, renegaba como un cochero. Me parece mal. Karli, cuando sea mayor, no debería descuidar esas cosas.

■ La abuela cae enferma ■

Karli no podía imaginarse que la abuela cayera enferma. No lo estuvo durante mucho tiempo pero poco antes de que Karli cumpliera los diez años sucedió aquello que él tanto temía en secreto. Durante varios días la abuela trató de ocultarlo. Se quedaba más tiempo que de costumbre en la cama, le pedía que se hiciera él mismo el desayuno, apenas repartía prospectos, enviaba a Karli a la panadería —hacía, en resumen, un montón de cosas raras.

—¿No te encuentras bien? —le preguntó Karli.

—Claro que sí —dijo la abuela—. Estoy sólo un poco floja. Es el cansancio ese que me entra siempre en primavera.

No lo era. Al quinto o sexto día la abuela llegó a la conclusión de que tenía fiebre y de que habría probablemente que ir a buscar al médico.

Karli se quedó muy intranquilo y tuvo que esforzarse porque la abuela no se lo notara.

—¿Quiéres entonces que vaya a buscar al médico? —le preguntó.

—Sí, hazlo —dijo la abuela.

Karli llamó al timbre del médico fuera de las horas de visita. La enfermera del consultorio le abrió la puerta. Parecía algo enfadada:

—¿No puedes venir a las horas de consulta?

—La abuela está enferma —dijo Karli.

La enfermera lo miró e hizo un gesto de contrariedad con la cabeza.

—¿Frau Bittel? ¡No puede ser!

—Sí que puede ser —dijo Karli—. Está enferma de verdad. Tiene fiebre y cuando la abuela quiere que la vea el médico...

Karli estaba a punto de echarse a llorar.

—No te preocupes, Karli, el doctor Hinz irá en seguida.

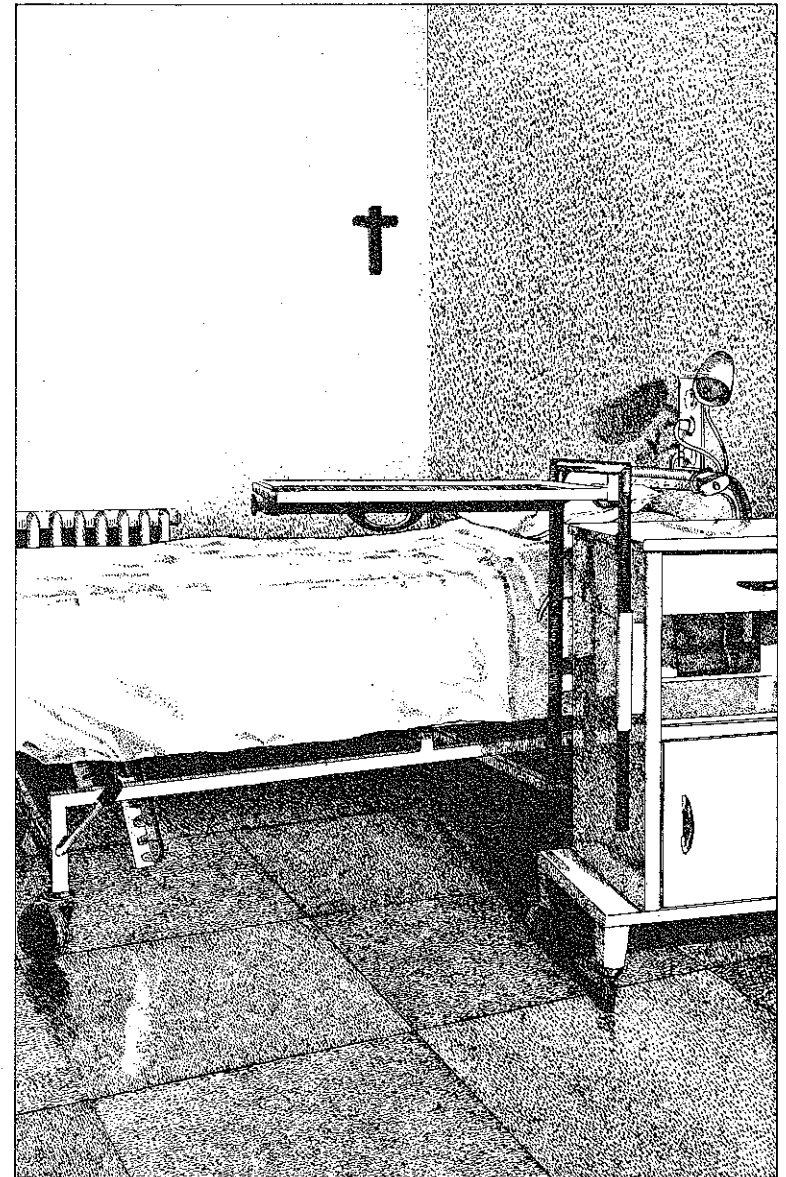
La señorita se mostraba mucho más amable.

—Bueno —dijo Karli—. En seguida, pero de verdad.

—Tan pronto como vuelva de la visita —le prometió la enfermera.

El médico se presentó poco después, efectivamente, y mandó a Karli salir del cuarto para reconocer a fondo a la abuela.

Karli, en su habitación, no sabía qué hacer y pensaba en el discurso que le había soltado la abuela el día de su último cum-



pleaños. Karli se imaginó lo que pasaría si muriera la abuela y se dijo, bajito:

—La abuela no puede morirse.

Karli se sentía como si tuviera cinco años.

Llamaron a su puerta. Era el médico que venía a buscarle. Se sentaron junto a la cama de la abuela.

—Oyeme bien, Karli —dijo el médico—. No tienes que preocuparte. La abuela tiene unas anginas de cuidado pero está muy bien para su edad. ¿No es verdad, Frau Bittel?

A la abuela se le iluminó el rostro y asintió.

—No me parece prudente dejarla aquí, sin que la cuiden —siguió diciendo el doctor—. Tú, Karli, no estás en condiciones de hacerlo. La abuela debería ir a la clínica durante una semana. Ya lo he hablado con ella. Le diré a la vecina que te eche un vistazo de cuando en cuando y se lo comunicaré también a la asistente social.

—A ésa, no —dijo Karli.

—A ésa, también —dijo el médico con decisión—. Las cosas, Karli, tienen que seguir su curso ordinario, de lo contrario intranquilizarías a tu abuela y no se pondría bien.

—Entonces, bueno —dijo Karli.

—Mañana por la mañana vendrá una ambulancia a recogerla. Tú tómate un día libre en la escuela. Yo te escribiré una dispensa.

—Bueno —dijo Karli dándose cuenta de que se tranquilizaba.

La situación era grave y tenía que demostrarle a la abuela que podía confiar en él.

A la mañana siguiente, muy temprano, se la llevaron.

Karli, después de cerrar la puerta, se echó a llorar. Era temprano y hubiera podido ir todavía a la escuela. No lo hizo. Karli empezó a ordenar la casa como lo hacía la abuela. Más tarde llamaron a la puerta y la vecina le preguntó a qué hora quería que le trajera el almuerzo.

—Ahora no —dijo Karli.

—Lo tienes todo que resplandece de limpio —le dijo la vecina.

Karli se alegró. Por la tarde estuvo jugando al fútbol y a las cinco fue a ver a la abuela a la clínica. Iría todas las tardes, aunque los días de visita fueran sólo tres a la semana. A Karli le habían dado un permiso especial.

La abuela aparentaba mucho cansancio y preguntó poco. Karli se sentó junto a ella, sin saber qué contarle, y le dió un poquito de vergüenza. Hubiera tenido que pensar antes cómo entretenerla.

Al día siguiente, después de la escuela, cuando estaba almorzando solo, recibió la visita de la asistente social. Era nueva. Se presentó:

—Soy Fräulein Hauschild.

—Yo soy Karli Bittel —dijo Karli.

La asistente social se rió.

—Ya lo sé —dijo. Y le preguntó si podía ayudarle en algo.

—Pues no —dijo Karli—. Ya me las voy arreglando.

—Me parece estupendo —dijo la asistente social—. Voy a pasar todos los días, por si acaso, y si hay algo que no marcha me lo dices. ¿La comida te la trae la vecina?

—Sí —dijo Karli.

—Tampoco hace falta que seas tan ordenado —le dijo la asistente social.

A Karli le gustó mucho.

Al día siguiente, cuando quiso ir a ver a la abuela, la enfermera se lo prohibió.

—Hay que dejarla tranquila. Está débil de la fiebre.

A Karli le entró miedo de que fuera a ocurrir lo inimaginable y pensó que tenía que prepararse.

—Fräulein Hauschild —le dijo—. Sé que la abuela va a morir.

—¡Tonterías, Karli! —dijo Fräulein Hauschild—. Acabo de preguntar qué tal está.

—Se morirá —dijo Karli—. Y me llevarán a un asilo de huérfanos.

—¡Bobadas!

Karli se dio cuenta de que Fräulein Hauschild no quería seguir hablando.

La asistente social iba a verle todas las tardes, se sentaba a veces con él junto al televisor, le repasaba los deberes, conversaba con la vecina. Era muy simpática y no preguntaba. Procuraba simplemente que todo marchara bien.

Los días siguientes pudo volver a visitar a la abuela. Algunas veces la misma Fräulein Hauschild lo llevaba a la clínica. La abuela se recuperaba rápidamente. Karli no tenía ya que inventarse nada; la abuela volvía a contar cosas, preguntaba, ordenaba.

A las dos semanas justas regresó a casa. Karli limpió bien el piso y puso en la puerta un letrero en el que había escrito con lápiz rojo:

«¡BIENVENIDA!»

La abuela se permitió el lujo de llegar en taxi. Karli la oyó reír delante de la puerta. El cartel la alegró. Esta vez no lo abrazó la abuela a él sino él a la abuela. Era la primera vez que lo hacía. La abuela recorrió el piso, lo examinó todo detenidamente, le pareció impecable y dijo, dándole un empujón:

—Bueno, ahora vamos a seguir, Karli.

La abuela iba a hacerse un café cuando sonó el timbre y la vecina le trajo un ramo de flores, la abuela se lo agradeció, volvió a sonar, era la mujer del panadero con una tarta. La abuela les explicó la enfermedad con gran derroche de palabras, volvió a sonar el timbre y se presentó Fräulein Hauschild.

Todos hablaban a la vez y se encontraron de repente sentados en torno a la mesa redonda, Karli también, la mar de alegre, y a todo el mundo le pareció que la abuela tenía muy buen aspecto y que estaba ya repuesta.

—No está mal eso de repuesta —dijo la abuela.

Por la tarde, después de la fiesta —la recepción se había convertido al final en una pequeña y estupenda fiesta— la abuela decidió irse a acostar más temprano que de costumbre.

—Tengo que cuidarme un poco por las noches —dijo.

—Estar sin ti es terrible, abuela —dijo Karli.

—Lo ves —dijo la abuela—. Pero tienes que aprender a estarlo.

Karli lo comprendió. Luego pensó en el miedo que había pasado, en la gente también que le había ayudado y en que no iba a ser siempre así.

Karli oyó como la abuela se encerraba en su cuarto y se acostaba entre suspiros. Igual que tantas otras noches. ¡Ojalá siguieran así las cosas!

—¡Buenas noches, abuela! —exclamó.

Y la abuela le respondió:

—Que duermas bien, Karli. Mañana te despertaré.

—Esta bien, abuela.

Karli no tuvo que poner el despertador. De eso volvía a encargarse la abuela.



Esto se acaba, Erna Bittel, pensé. Y cuando el muchacho se fue corriendo a buscar al médico volvieron a desfilar por la cabeza todas esas cosas. ¿Qué iba a ser de él? ¿Quién iba a recogerlo? ¿Iría Karli a parar a un asilo? Hubiera querido levantarme tan sólo para que nadie notara nada, pero me sentía terriblemente mal y pensaba en la muerte.

Ya pasó. Volvemos a estar juntos. Karli me parece que se ha vuelto más atento y reflexivo. El susto le caló muy hondo. Sería mejor que vivieran todavía sus padres. Para él, claro. Para mí, no. No, para mí no. Aunque a veces, durante el día, no pueda casi con mis huesos. Karli es para mí, a pesar de todo, una segunda vida. Y espero aguantar unos años todavía.

■ Karli cumple los diez ■

Cuando Karli cumplió los diez invitó a todos sus amigos. La abuela se portó perfectamente, sin quejarse en absoluto, toleró el ruido y jugó incluso con ellos. Ni siquiera le pareció mal que uno de los chicos derramara zumo en la alfombra. Ese cumpleaños la abuela le explicó a Karli que las cosas no iban a seguir así eternamente.

Los chicos se marcharon. Karli andaba todavía sofocado, con el precioso «chandal» que le había regalado la abuela. La abuela le hizo sentar junto a ella en el sofá y, sin mirarlo —tomando levemente la mano de Karli en la suya— le soltó todo un discurso:

—Karli, a los diez años una persona es capaz ya de pensar, me parece a mí. Y tú has visto muchas cosas. Puedo exigirte que reflexiones, ¿verdad? Yo, ahora, tengo más de setenta. Bueno, ya sé que no se me notan, pero imagínatelo: sesenta años más que tú. ¿Eres capaz de imaginártelo?

—No —dijo Karli asustado.

—Es lo que yo pensaba —siguió diciendo la abuela—. Tienes que reflexionar

sobre ello. Yo a los cien no llego. Y esa enfermedad de hace poco...

—Pongamos que me queden todavía ocho años y ya es mucho. Tú tendrás entonces dieciocho y podrás arreglártelas solo. Pero pongamos que me queden sólo cuatro...

—¡No lo creo! —la interrumpió Karli.

—Está bien que no lo creas, Karli. Yo tampoco lo creo pero tienes que saberlo. ¿Comprendes? Te queda esa tía de Bottrop. Se me ha olvidado el nombre. Nunca se preocupó de ti, la hermana de tu madre. Podría recogerte. O tendrías que ir a un orfanato, Karli.

—No —dijo Karli con decisión.

—No te quedaría más remedio —dijo la abuela.

—Me largaría entonces —respondió Karli.

—Tonterías —dijo la abuela—. No todos los asilos son malos.

—¿Quieres decir con eso que vas a morirme pronto, abuela? —preguntó Karli.

—Yo me he propuesto vivir lo más posible, Karli —dijo la abuela—. Pero no basta con proponérselo, aunque también ayude.

La abuela lo atrajo hacia sí, cosa que raramente hacía. La abuela olía a cocina y a paño viejo. Karli casi se echa a llorar de miedo y porque se dio cuenta también de que sabía

muy pocas cosas de la abuela y, pese a todo, la quería muchísimo.

—Ya tendremos cuidado —dijo la abuela—. Te lo he explicado y eso es lo importante.

INDICE

De cómo Karli fue a parar a casa de la abuela	9
La abuela es diferente	15
Con la abuela en el Negociado	23
Cuando la abuela se pone a contar cosas	29
La abuela hace justicia y Karli se avergüenza de ella	35
Con la abuela de vacaciones	39
La asistente social va a ver a la abuela y a Karli	51
Los miedos de la abuela	59
A la abuela le gusta el fútbol	63
De por qué Karli y la abuela riñen de vez en cuando	69
La abuela gana un viaje gratis en avión	73
La abuela y Karli visitan a una anciana en el Asilo	81
La abuela discute con el televisor	85
La abuela cae enferma	91
Karli cumple los diez	101